

Primate en Nueva York ^(*)

Autor: Miguel-Ángel Blasco López.

Yo conocía los ruidos. Sí, yo estaba familiarizado con los mil instrumentos de la orquesta de la selva: el zumbido del abejorro ante la flor, el tamborileo del agua durante la lluvia, el obstinado reclamo de las aves nocturnas. Pero los que mejor reconocía eran los sonidos que anunciaban un peligro. Mi madre me había enseñado a distinguir el leve crujido de las sigilosas pisadas de nuestro mortal enemigo el leopardo, el susurro apenas perceptible del deslizamiento de la serpiente pitón o la bulliciosa algarabía de los loros en lo alto, anuncio de la llegada del águila coronada. Y también el griterío con el que los de nuestra tribu de chimpancés nos avisábamos de la naturaleza y de la proximidad de esas amenazas. Pero el ruido que se acercaba ahora, sin duda preludio de un desconocido peligro, era nuevo para mí. Se acercaba, y los árboles centenarios, que ni veinte elefantes juntos hubieran podido abatir, se derrumbaban inundando el ambiente con gemidos de ramas dislocadas que, junto al chirrido de las sierras y los gritos de las aves *que huían por los filos de las últimas curvas del aire*, coreaban una siniestra polifonía.

Lleno de pavor, huí a refugiarme en el corazón de la selva. Pero mi curiosidad, más fuerte que mi miedo, hizo que poco a poco, desdeñando el peligro, me fuera acercando de nuevo a aquel lugar. Escondido tras unos matorrales, con mis oídos heridos por el estruendo de los árboles asesinados, observaba, lleno de asombro, a aquellos extraños monos lampiños que manejaban sorprendentes artilugios capaces de obtener efectos inexplicables y nunca vistos.

Una red espesa y fuerte, como si hubiera sido tejida por mil tarántulas, cayó súbitamente sobre mí. A través de sus tupidas mallas, pude ver cómo se acercaban dos de aquellos monos blancos. Ante mis alaridos y mis gestos amenazantes, uno de ellos sacó un pequeño cilindro transparente y, al pincharme con él, todo se volvió oscuro y perdí conciencia de mí mismo.

Me desperté encerrado en una jaula cuya altura ni siquiera me permitía ponerme de pie. Me encontraba sobre una enorme plataforma que se bamboleaba según avanzaba sobre el océano. De vez en cuando, se acercaban algunos monos lampiños y me miraban

(*) Todos los textos en *cursiva* que figuran en este relato están entresacados de los diversos poemas de *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca.

con curiosidad. Uno de ellos, de aspecto más joven, me traía regularmente algo de comida y me obsequiaba a veces con una banana o unos cacahuetes mientras me dirigía unos sonidos que yo era incapaz de entender, aunque sí comprendía su mirada amistosa, a la que trataba de corresponder con los gestos y sonidos de reciprocidad que en mi tribu se utilizaban en esos casos.

La travesía hasta Nueva York, que duró dos o tres lunas, me pareció interminable. Cuando ya creía que aquello nunca acabaría y que iba a morir a causa del frío, que se hacía cada vez más insoportable, me desembarcaron en un lugar totalmente distinto de lo que yo había visto hasta entonces y que rebasó toda mi capacidad de asombro. En un paisaje sin rastro de árboles, *desfiladeros de cal aprisionaban un cielo vacío*, que *huía ante el tumulto de las ventanas* para desvanecerse en una pesadilla de fantasmas cuadrículados.

Al día siguiente me trajeron al local donde he permanecido el resto de mi vida. Es un cubículo de apenas un metro de ancho y dos de alto, provisto en su suelo de un viejo neumático que me sirve de asiento y cerrado por delante con gruesos barrotes metálicos. Desde el primer momento tuve la premonición de que mi vida estaba definitivamente anclada a esos barrotes. Aunque no puedo verlos, sé que hay muchos otros chimpancés cerca de mí por los alaridos que profieren cuando aparecen unos hombres con batas blancas. Entonces, tanto ellos como yo nos ponemos a temblar pensando en el nuevo suplicio que nos espera. Mi único y eterno paisaje es un muro blanco provisto en lo alto de un ventanuco por donde se divisa una pequeña porción de cielo. Un cielo triste, grisáceo y vacío: vacío de pájaros y de mariposas, vacío de aromas silvestres, vacío de esperanza.

Y cada vez que puedo, como único entretenimiento a mi alcance, intento dormir para volver a soñar con los dulces recuerdos de mi infancia.

En los albores de mi recuerdo, me veo a mí mismo, siempre cercano a mi madre, en el interior de un nido construido entre la maraña de las ramas en lo más profundo de la selva. El paisaje está dominado por el ubicuo verde umbrío de los árboles. Hacia lo alto, el tono oscuro de las hojas está salpicado por fragmentos más claros, que la luz diurna destiñe al filtrarse entre la espesura del follaje. Esporádicamente, se alcanza a

divisar algunas rendijas por las que se asoma el claro azul del cielo. Hacia abajo y hacia los lados, se presiente un peligro todavía no identificado, pero siempre al acecho, que solamente se esfuma cuando en el regazo de mi madre siento la protección de su abrazo pródigo en caricias. El mundo exterior es impersonal, como un decorado abstracto junto al que sólo existimos mi madre y yo. El resto son misteriosas y confusas sombras heterogéneas, apenas discernibles, cuya visión me atemoriza y me impulsa a buscar el tierno refugio materno. Poco a poco, a fuerza de prodigarse, las sombras van adquiriendo identidad y comienzo a familiarizarme con ellas: son los quince o veinte chimpancés que componen nuestra tribu. Ya no les temo; incluso empiezo a moverme entre ellos, mientras el decorado se va poblando por una multitud de seres que excitan mi curiosidad: son pájaros, ardillas, lagartos, libélulas, mariposas..., aunque aún no han llegado a adquirir sus nombres. Ahora sí; ahora voy reconociendo mi entorno e integrándome en él. Comienzo a andar y a saltar. Conozco a cada miembro de la tribu y sé interpretar sus gestos, que trato de imitar. Comienzo a jugar con los pequeños de la familia: nos perseguimos, nos peleamos, saltamos entre los árboles, nos disputamos las frutas. Cada ser vivo, cada cosa cercana va adquiriendo su nombre en mi mente. Conozco el hueco del árbol donde teje su tela la tarántula; la senda entre las cortezas por donde desfila la procesión de hormigas; la rama lejana donde la orquídea exhibe su provocativa belleza; el castillete de barro, al pie del árbol, donde anidan las termitas. La vida se abre ante mí y despliega, como la cola de un pavo real, su maravilloso esplendor.

Pero éste es el sitio donde *el sueño tropieza con su realidad* y donde *no hay mañana ni esperanza posible*.

Aunque ellos no lo saben, a lo largo de mis diez años de cautividad he llegado a comprender su lenguaje. No fue fácil, pues el de los humanos es mucho más pobre e inexpresivo que el nuestro, ya que se sirven solamente de la voz y apenas gesticulan cuando hablan. Nosotros, los chimpancés, nos servimos más de la expresión facial que de la voz para nuestras comunicaciones, lo que hace que nuestro lenguaje resulte más adecuado que la palabra para transmitir sensaciones y emociones. Existen en nuestro alfabeto facial docenas de signos de admiración y de interrogación, cada uno de ellos

con su propio matiz, y otros muchos —de afecto, de temor, de sorpresa, de estupor, de súplica, de ternura— que no tienen equivalencia en los alfabetos ni en los gestos humanos. La metáfora y la metonimia apenas caben en nuestro lenguaje, como tampoco el artificio y la mentira, a los que tanto se presta la palabra.

El caso es que, a fuerza de escuchar a las personas que se acercan por aquí, he aprendido su lenguaje. Así he sabido que me encuentro en un laboratorio donde se nos somete a experimentos para ensayar nuevos medicamentos y cosméticos. Nos inoculan virus, que nos provocan horrendas enfermedades, y luego van probando remedios para sanarlas. Una de las primeras experiencias que me tocó padecer consistió en hacerme quemaduras en varias partes de mi cuerpo para ir después ensayando pomadas para curarlas. En una de las heridas se me formó una inmensa llaga y tuvieron que amputarme un pie. Muchas veces he visto pasar por delante de mi jaula cadáveres de compañeros muertos en esos atroces experimentos.

Estos hombres vestidos de blanco se escudan en la coartada de que sus experiencias tienen por objeto salvar vidas humanas. Pero yo sé que no es así; su verdadero objetivo es el negocio: enriquecerse, derramando una sangre que no es la suya y olvidando que *por debajo de sus sumas y multiplicaciones hay un río de sangre tierna* de seres inocentes.

¡Yo denuncio la conjura de las oficinas que borran los programas de la selva! Y les anuncio a quienes se enriquecen a costa del sufrimiento y la extinción de nuestra especie que la próxima extinción será la suya propia. Un día, los fármacos *se olvidarán de sus fórmulas*, los perfumes volverán a sus corolas, la *savia empaquetada* regresará a los troncos, y *veremos la resurrección de las mariposas disecadas*. *Después de los fusiles vendrán las lianas*. Pronto, muy pronto, *el bosque escupirá su veneno por la angustia imperfecta de Nueva York*. *¡Ay Nueva York!* El bosque victorioso renovará la reconquista que ya triunfó en Angkor y alzará sus troncos sobre tus ruinas enjauladas para siempre en la red de sus gruesas raíces.

Sordo y ciego, tras la última experiencia a la que fui sometido, rechazo el proyecto de vida frustrado de mi realidad presente y me balanceo entre mis apocalípticas visiones del futuro y el recuerdo de la selva de mi infancia, que de nuevo invade mis sentidos con murmullos de arroyo y fragancias de frutos salvajes. Oigo el

zumbido del abejorro ante la flor, saboreo la miel de la colmena y el gusto agridulce de las termitas.

Y, mientras siento en mi piel la leve caricia de *la brisa que viene dormida por las ramas*, me duermo soñando con el vuelo transparente de la libélula.